

**Antonio Lafuente**

# **ITINERARIOS COMUNES**

*Laboratorios ciudadanos  
y cultura experimental*



© Antonio Lafuente, 2022

© De la imagen de cubierta: MediaLab-Prado  
Montaje de cubierta: Juan Pablo Venditti  
De la corrección: Marta Beltrán

Derechos reservados para todas las ediciones en castellano

© Ned ediciones, 2022

Preimpresión: Editor Service, S.L.  
[www.editorservice.net](http://www.editorservice.net)

ISBN: 978-84-18273-78-0  
Depósito Legal: B 7830-2022

Impreso en Podiprint

*Printed in Spain*

La reproducción total o parcial de esta obra sin el consentimiento expreso de los titulares del *copyright* está prohibida al amparo de la legislación vigente.

**Ned Ediciones**  
[www.nedediciones.com](http://www.nedediciones.com)

# ÍNDICE

## **Introducción, 7**

Bienes comunes y cultura experimental .....	7
---	---

## **I. Componer, 15**

Compositorio de silencios.....	17
La promesa de la desorganización.....	28
De la taylorización a la tallerización de la cultura .....	31
La cocina y el laboratorio.....	38
Colla(ge)borar .....	43
Escuela sin fronteras .....	46

## **II. Experimentar, 51**

Los imaginarios del laboratorio (ciudadano) .....	53
Laboratorio de aprendizajes comunes.....	58
Laboratorio de la palabra abierta.....	67
Laboratorios ciudadanos: cultura común e innovación social.....	72
Laboratorios ciudadanos y nueva institucionalidad.....	87

## **III. Comunalizar, 91**

El futuro se llama ayer: procomún (y) por venir.....	93
Comunes nacies y producciones mostrencas .....	97
Comunes cotidianos y comunes emergentes.....	103

Patrimonio, tecnología y vida en común.....	112
Cuerpo común y soberanía tecnológica .....	119
Hacer el amor con la ciudad .....	127

#### **IV. Cuidar, 133**

La potencia cognitiva de los cuidados .....	135
Vender palabras, vender datos, vender aulas .....	144
La verdad entre todos .....	152
De la crítica a la experimentación .....	161
Imaginarios de un compositorio .....	168

#### **Colofón, 175**

Derecho a investigar, necesidad de experimentar.....	177
<b>Bibliografía</b> .....	181

# INTRODUCCIÓN

## BIENES COMUNES Y CULTURA EXPERIMENTAL

La idea de progreso ha sido reemplazada por la de catástrofe. Poco a poco el desastre va convirtiéndose en el motor de nuestras producciones, incluidas las económicas. Antropoceno dejó de ser un concepto de circulación académica y ya pulula con fluidez en los imaginarios colectivos. La idea de que nuestro mundo está gravemente amenazado comienza a ser tan frecuente que parece naturalizarse sin resistencia. Lentamente aceptamos que las cosas están mal y que tal vez no van a cambiar. Las crisis económicas, climáticas, medioambientales y sanitarias ya son actores habituales. Y no es que nos pillen por sorpresa, porque llevamos varias décadas hablando de la sociedad del riesgo.

La novedad es que las situaciones críticas cada vez nos pillan más cerca. La desgracia, la ruina, la hecatombe dejaron de ser fenómenos que ocurrían en países lejanos. Aunque ya seamos capaces de visualizar el fin de la pandemia, tardaremos en entender la vulnerabilidad de cuanto hemos construido. Hoy, mientras olvidamos lo peor, sigue siendo inevitable pensar nuestra condición de seres relacionales a partir de lo que hemos aprendido tras la irrupción de la COVID-19.

La pandemia nos fragilizó sin fronteras. Mucha gente lo pasó y sigue pasándolo fatal. La pandemia trajo mucho dolor, pero también hebras de vida y esperanza. Ni siquiera es justo llamarle pandemia,

pues lo que nos pasa no trató a todos los humanos por igual. Una vez más las desigualdades fueron decisivas y fue más importante el código postal que el código genético.

Los imaginarios de la pandemia gravitaron alrededor de los PCR, los antígenos y las vacunas, pero no pudieron acallar del todo la relevancia que tiene el país, el barrio, la profesión y el origen social de los ciudadanos. Tanto es así que la pandemia multiplicó los problemas de los más desprotegidos y mostró hasta qué punto nuestro mundo y sus plagas son tan indecentes como obscenas. Y por eso necesitamos un vocablo, *sindemia*, que muestre las muchas sinergias entre lo social y lo epidémico.

Pero no es de biomedicina de lo que queremos hablar. Además de los médicos, los economistas y los políticos también hubo espacio para otros actores. Y no hablamos sólo de las enfermeras, los reponedores o los transportistas. También aparecieron los ciudadanos. La gente quería ayudar y surgieron innumerables propuestas. Las condiciones eran extremas, pues no sólo estábamos confinados, sino que nadie sabía cuáles eran las necesidades, pues intuir las no es conocerlas. Tampoco se sabía quiénes serían las otras personas con las que coordinarse. O, dicho con otras palabras, quienes quisieran colaborar tendrían que inventar el objetivo, la metodología, los equipos y el contexto.

Ayudar no implicaba transitar el camino conocido que, más o menos, consiste en apuntarse a una ONG que nos va diciendo lo que hay que hacer. Ayudar en tiempos de pandemia obligó a experimentar con lo desconocido. El altruismo supo encontrar respuestas y, en consecuencia, transitar entre épocas, pues para la nueva situación creada por la COVID-19 se requería el uso intensivo de las nuevas tecnologías, la implementación de nuevas formas de organización y la formación de comunidades menos identitarias (cosidas por creencias compartidas) que singulares (articuladas por un interés común).

La originalidad de las formas adoptadas merece un reconocimiento entre quienes estamos atentos a las novedades en innovación

social. De pronto aparecieron iniciativas sabiamente vertebradas que nacieron sin saber qué sería lo que habría que hacer, conscientes de que lo que hicieran tendrían que realizarlo con premura y pulcritud. Así, la eficacia, rapidez y acierto eran un asunto de cuidados. El ecosistema improvisado funcionaba sin jefes y, en consecuencia, no había nadie ante quien quejarse. No valía lamentar la precariedad de recursos, lo que obligaba a improvisar y, antes que inventar problemas, era obligado encontrar soluciones.

Cuando el barco zozobra en medio de la tormenta —lo aprendimos de E. Hutchins (1995) y su inspirador *Cognition in the wild*—, no hay manual de instrucciones, ni nadie que de órdenes: la tripulación echa mano de la experiencia y actúa para minimizar el impacto negativo que pudiera tener una «mala» decisión del colega más próximo. Tal conducta requiere que los involucrados sepan que no siempre podemos elegir la mejor respuesta, sino la que tiene un coste menor. En la tormenta no hay decisiones acertadas sino convenientes. No hay saberes de primera, ni actores indiscutibles o roles decisivos, pues todo el mundo colabora y nadie exhibe galones. Se llama organización distribuida: un modo de organización sin despacho oval.

Una tormenta no es un examen, sino un ejercicio de convivencia, complementariedad y cooperación. Sólo hay una regla segura: como todos improvisamos, nuestra conducta tiene que servir para aminorar el efecto negativo que pudieran tener los (supuestos) errores percibidos. Si operamos de otra manera, el barco se hunde.

Hay una relación de vecindad entre la palabra común y los términos ordinario y colaborativo. Me intriga y emociona que esa complicidad entre lo que está al alcance de todas y lo que sólo se puede conseguir sumando esfuerzos. Decíamos que la pandemia, como cualquier otra catástrofe, nos había revelado la importancia del común, de todo eso que, según el diccionario de Nebrija, primer diccionario de la lengua española, se hace en provecho de todos. Un mundo común, entonces, es algo en construcción, que vamos hacien-

do y que está abierto a la colaboración. Un mundo común es algo que se compone, como en las *jam session*, sumando peras con manzanas. Cosas tan distintas como una flauta, un cajón y un violonchelo pueden producir algo único e inesperado, sin que ninguno renuncie a su propia singularidad. Lo prohíbe el álgebra, pero lo reclama la convivialidad (Kao, 1996; Holbrook, 2008).

Un bien común reclama el ensamblaje de heterogeneidades: exige formas de organización peculiares que conviertan la diferencia en un activo. Pero no basta con encerrar a los músicos hasta que compongan algo hermoso. Con frecuencia los bienes comunes no pueden aislarse. De hecho no es raro que el entorno sea hostil y hasta poderoso. En tales circunstancias, la sostenibilidad del bien reclama mucha inteligencia colectiva. Nadie lo explicó mejor que E. Ostrom (1993), primera mujer en ganar el premio Nobel de economía, cuando rechazó las tesis de G. Hardin (1968) sobre el destino inevitablemente trágico de los bienes comunes. Para Ostrom, la causa que arruina un bien común es su mala gestión. Una tesis que llevada al extremo nos dice que un bien común sólo es una manera particular de gestionar los recursos y de articular las relaciones entre el bien que queremos preservar y la comunidad que sostiene y es sostenida por dicho bien.

Y, sin duda, gestionar bien exige procesar gran cantidad de información, contrastar los distintos puntos de vista, crear las condiciones de validación del conocimiento fiable, difundir los hallazgos entre los concernidos para estar seguros de que la solución adoptada no vaya a crear más problemas de los que ya teníamos y, en fin, estar abiertos a rectificar cualquier medida en función de las circunstancias del momento. No basta con ser colaborativos, también tenemos que ser recursivos. Si queremos preservar los bienes comunes tendremos que ser sabios, abiertos y resilientes. O, en otros términos, hay que estar siempre en disposición de tomar decisiones acertadas, incluida la que implica modificar algo ya decidido.



Un bien común, entonces, tiene que ser un espacio experimental de producción de conocimiento. Y más les vale a sus promotores no conformarse con saberes ramplones, caprichosos o advenedizos, pues si no funcionan, si no aciertan a interpretar adecuadamente los signos que reciben del entorno, acabarán siendo la causa que destruya el bien. No es viable si la información que procesan es errónea, está incompleta o es obsoleta. No es viable, por mal gestionado. Asume pues un destino trágico cualquier comunidad que no funcione también como un laboratorio ciudadano.

El libro que tienes en tus manos navega por entre estos problemas. En su mayoría nació durante estos largos meses de pandemia. Es consecuencia de mi forma de metabolizar el miedo, el aislamiento y la fragilidad. Pero también es una forma de canalizar emociones de naturaleza más colectiva, más tentativa y más situada. Muchos años pensando en las prácticas experimentales como instrumento para producir conocimiento situado me hicieron creer que había llegado el momento de airear de forma más vertebrada su valor cognitivo y político.

Los textos que lo componen están divididos en cuatro secciones. La primera se llama componer y constituye una invitación a reconocer en las prácticas artísticas, artesanales o infantiles modelos de cómo crear cosas nuevas sin sobrevalorar los modos argumentativos de producción, depuración y movilización de objetos. La cocina, el tobogán, el taller, el *collage* y otras formas de desorganizar el entorno son mirados como espacios donde pueden suceder cosas inesperadas, como el amor al trabajo bien hecho, el ensamblaje lúcido y lúdico de ingredientes vulgares o la producción de espacios no canónicos que obedecen a reglas diferentes.

La segunda sección quiere trasladar al lector al mundo de la experimentación. Durante años hemos trabajado bajo la convicción de que para obtener resultados diferentes hay que hacer cosas distintas. Pero también queremos que nuestros pequeños emprendimientos

sean funcionales. Queremos facilitar un mundo que no esté dominado por ocurrencias sino que se apoye en evidencias. Admito que me emociona la posibilidad de entender lo que significa experimentar entre gentes que no fueron a la universidad o que incluso apenas saben leer. El asunto es comprender lo que sucede cuando varias personas deciden mirar el mismo objeto, cada quien desde sus propios intereses, miedos e ilusiones. Y conste que no se reúnen para pasar el rato, sino para tomar decisiones que no empeoren las cosas y que refuercen su capacidad de acción o interlocución. A esos espacios les hemos llamado laboratorios ciudadanos: un nombre que sólo quiere ser un paraguas que dé cobertura y ponga en valor las muchas maneras de abordar problemas y encontrar soluciones que tiene la gente del común.

La tercera sección agrupa textos que quieren explorar la noción de común. Y, contra toda lógica, la literatura al uso se empeña en convencernos de que común y ordinario nada tienen que ver, pues casi todo lo que podemos leer al respecto son textos para, por y entre académicos. No es que se trate de escritos inservibles, pero sus autores deberían preguntarse si los comunes sólo pueden ser tratados como objetos y no como sujetos. Y aquí se nos hace obvia la permanente tentación de los científicos sociales por hacer grandes diagnósticos de la realidad, cuando en realidad deberían abrazar las prácticas de la escucha y reinventarse como facilitadores o, en otras palabras, actores capaces de acompañar procesos y ayudar en la tarea de encontrar las palabras y dar forma a los anhelos de quienes tratan de construir un mundo más equilibrado y menos desigual.

La cuarta sección está dedicada a explorar el papel de los cuidados en la comprensión del mundo que habitamos. Escuchar no es tarea fácil, pues implica reconocer en la otra persona que habla alguna inteligencia acerca de lo que nos pasa y eso reclama la actitud de quien se deja afectar, de quien admite la necesidad de desaprender. No se trata de condescender o de renunciar a nada, sino de reconocer

que el fin principal de toda buena conversación no es la objetividad sino la convivialidad. Tener razón puede ser algo secundario, pues eso que llamamos verdad sólo es una forma de relacionarnos o, en otras palabras, un constructo que nace a partir de las preguntas que podemos hacernos, las herramientas que utilicemos para responderlas, las instituciones que activemos para validarlas y los dispositivos con los que las movilizamos.

Cuando la verdad no es algo que logremos al margen de quién, cómo y dónde se la busque, entonces es clave darles valor a las muchas convenciones que favorecen ciertas prácticas antes que otras y que hacen visibles unos actores antes que otros. La verdad, en definitiva, debería ser siempre provisional, y abierta a la posibilidad de que otros actores, introduciendo nuevos intereses, modifiquen las preguntas, las respuestas, las prácticas, los recursos, los aliados y las referencias. Más que espíritu crítico, necesitamos un poco de empatía. Podemos sobrevivir con verdades provisionales, pero nada será posible si no somos capaces de reconocer la potencia cognitiva de los cuidados.

Este libro no es un producto acabado. No cierra ni concluye nada. Está abierto. Deja todas las posibilidades por recorrer. Algunas están insinuadas y las restantes tendremos que aprender a diseñarlas. Contiene reflexiones que sólo quieren facilitar conversaciones. Quien lo lea encontrará pistas y un hilo del que tirar. No es que los resultados sean irrelevantes, pero también nos importa cómo y con quién los alcanzamos. Queremos ser experimentales para ser fiables, pero necesitamos ser inclusivos para que nuestras prácticas merezcan atención y sean robustas. No hay que elegir entre objetividad y convivialidad. Podemos ser ambidextros. Nadie puede obligarnos a ser tuertos.